

## EL AYER, EL HOY Y EL MAÑANA INTERNACIONALES

### ASIA, LOS PARALELOS Y LA COMPLEJIDAD DEL PROBLEMA VIETNAMITA.

Cuando se plantea un problema internacional, portador de múltiples signos de visible complejidad, la dificultad explicable con que tropiezan indefectiblemente cuantos intentan brindarnos un diagnóstico no recusable, constituye incentivo para formular toda suerte de construcciones especulativas que, en la misma medida en que se acumulan, incrementan la inicial perplejidad del espectador. Acaso la única explicación admisible, en lo que atañe al problema referido, consiste en formular la siguiente consideración: en materia de política internacional, especialmente a partir de 1945, se nos ofrece una sorprendente experiencia, a cuyo tenor los factores que intensifican el ritmo de la dinámica internacional resultan ser, si no de imposible, cuando menos de difícil captación, y tal obstáculo calificativo nos lleva a colegir que el hombre ni controla ni logra encauzar los hechos y la realidad, con su misterioso e indescifrable imperio, constituye causa genésica de esa desesperanza, virtualmente de proporciones ecuménicas, en los años que subsiguieron al epílogo de la segunda contienda mundial. La norma exegética que antecede es dable, en principio, referida a todo problema internacional de cierta envergadura, y, por consiguiente, nos parece aplicable al actualmente planteado en el Vietnam del Sur, cuestión visiblemente agravada en los últimos meses.

A nuestro entender, referirse específicamente a los mencionados elementos de juicio equivale a incurrir en una especie de deserción dialéctica, habida cuenta de que los problemas internacionales, por muy intrincados que parezcan, siempre son susceptibles de adecuado diagnóstico diferencial, sin cuya formulación previa sería en vano cuanto pueda implicar articulación de intentos, de adecuado esclarecimiento. Las formuladas observaciones parecen aconsejar la conveniencia de realizar un esfuerzo de penetración exegética y atenedos al sistema predicho, intentaremos ofrecer a los lectores de la REVISTA DE POLÍTICA INTERNACIONAL lo que constituye fruto de nuestras reflexiones.

Ante todo, conviene tener en cuenta que el problema pendiente de muy problemática solución, tal y como se ha planteado en tierras indochinas, si no puede esclarecerse recurriendo específicamente a consideraciones de tipo geopolítico—lo cual nos conduciría a incurrir en el error que implicaría aceptar como norma básica la de una especie de determinismo geográfico—, ello no implica propugnar un sistemático desdén, respecto de los factores de índole geopolítica que proyectan su influencia en el modo de plantearse los problemas internacionales en esos sectores neurálgicos, apareciendo en determinadas penínsulas asiáticas, experiencias ofrecidas, primero en Corea y actualmente en el Vietnam del Sur. Se dice, a este propósito, que a partir del año de 1945, asistimos, en calidad de espectadores, al proceso de una pugna, entablada a escala ecuménica y nutrida por

la recíproca hostilidad, a cargo, respectivamente, de una poderosa talasocracia y de una geocracia espacialmente dilatada y que una y otra recurren a la puesta en práctica de movimientos reactivos, determinados por su peculiar coyuntura geopolítica. Así resulta que la gran geocracia rusa utiliza como medio de presión adecuado para dilatar el área de su proyección política, lo que le dejara la invulnerabilidad de sus líneas interiores de comunicación, que le permiten no sólo desencadenar una constante guerra fría, que, arrancando de la tierra firme, se proyecta sobre la periferia, sino que, habida cuenta de sus posibilidades de acción, desde Riga a Vladivostok, elige y alterna sucesivamente lo que pudiera denominarse creación prefabricada de puntos neurálgicos de presión. En contraste, la omnipotencia talasocrática norteamericana, sabedora de que su imperio sobre los mares se vería peligrosamente afectado, si su oponente ruso hoy y el chino en período inmediato, hiciesen acto de presencia, con posibilidades de permanencia, en determinados puntos clave de un extenso sector periférico. No se olvide que la política internacional rusa, por lo menos a partir de los tiempos de Pedro I, practicó, en cuanto auténtica constante histórica, la de buscar una salida al mar libre, inclinación episódicamente eclipsada cuando Rusia, a través de los planes quinquenales y septenales y otorgando preferencia al sector Urálico al del Donetz, se cuidó de organizar su denominado océano interior, no para tornar definitivamente el dorso a la precitada constante histórica, sino para reemprender la marcha hacia la periferia, con más acentuadas posibilidades de éxito, máxime teniendo en cuenta la atención dispensada por la U. R. S. S. al fortalecimiento de su poderío naval.

Es así como tomara cuerpo e incluso se le llegó a atribuir condición de norma postbélica preponderante, que proveía de fisonomía específica la trayectoria del mundo postbélico, a la acción coetánea, discrepante y difícilmente conciliable, de Rusia y de los Estados Unidos, engendradora y fuente de inspiración de la tan reiteradamente invocada política internacional de bipolaridad. Respecto del criterio que nos merecía el citado diagnóstico, hemos ofrecido, desde estas páginas, apreciaciones discrepantes, apoyadas, entre otras consideraciones, en la de que son demasiado complejos los problemas internacionales planteados a partir de 1945, para reducirlos, simplificándolos inadecuadamente, a la tan insistentemente aducida norma de la bipolaridad. Deducíamos en tal sentido, teniendo en cuenta que la profunda alteración registrada en el modo de distribuirse el poder en el mundo, había de constituir antecedente de un inevitable reajuste de fuerzas, orientado hacia una posible reinstalación del equilibrio político, no reiterado, como lo fuera tradicionalmente en el mundo europeo, sino considerado en su inevitable proyección de alcance ecuménico. En tal sentido parece adecuado otorgar respectiva beligerancia a tres elementos que proveían de características al mundo postbélico: de un lado, la inclinación de Rusia y Norteamérica, orientada hacia la posible ampliación de sus respectivas zonas de influencia; de otro, la imagen de un mundo perplejo que, privado de su acción dirigista plurisecular, presentía que si resultaba impracticable la prolongación inalterada del liderazgo europeo tradicional, aún restaban coyunturas para que el viejo mundo intentase encontrarse a sí mismo, arrojando por la borda la vieja mercancía de su tradicional parroquialismo, reanudando un período histórico, propugnado y después malogrado, al iniciarse el siglo XIV, despojándolo de los riesgos de arcaísmo que llevaría implícito un propósito de reinstalar, inalterado, todo lo que existía de constante histórica en su anhelo de articular un mundo con base de una serie de elementos creadores, actuando con propósitos de recíproco equilibrio. En último término, la transformación de los disueltos imperios coloniales, en una serie de Estados soberanos, daba nacimiento al denominado indistintamente tercer mundo o mundo interpuesto que irrumpía en la vida independiente, con la fundamental preocupación de vivir

al margen del sedicente dilema Washington-Moscú, equidistancia de muy difícil realización, como habría de evidenciarse subsiguientemente.

De los tres factores referidos, es el europeo, a nuestro entender, el de mayor prestancia, pese a que no pocos intérpretes reputan como evidentes signos de inviabilidad, las discrepancias generadas en el seno de la Europa séxtuple y a los que así discurren, arrastrados por su impresionabilidad ante el episodismo de la vida internacional postbélica, valía la pena de advertirles que un reajuste de fuerzas, ideado con propósitos de vivencia perdurable, se emprendía en determinados sectores de la comunidad internacional, inclinación no ciertamente desdeñable.

Hoy ya nadie pone en tela de juicio que la versión, a cuyo tenor la bipolaridad internacional—que nunca fuera realidad con posibilidades de perduración—, recientemente se ha visto alcanzada por una plural alteración: al *statu quo* concerniente a la paralización de las explosiones nucleares atmosféricas y la circunstancia de que una extensa porción del mundo comunista, que otrora reputábamos como abarcando la imponente demografía china, actualmente afectada, y no incidentalmente, por las discrepancias interpretativas, en lo que atañe al modo adecuado para transformar en monolítico el sedicente y hoy agrietado bloque comunista y puede decirse que tal distanciamiento no sólo afecta a quienes específicamente lo encarnan, sino que implica aproximación, más o menos reticente, en lo que atañe a los que fueran elementos que nutrieran dialécticamente la tesis de la bipolaridad. Relativamente al tercer mundo, no es oportuno minimizar lo que implicó su aparición en Bandung, ni adecuado tampoco considerarlo como un inmenso bloque concorde, que encontraría su fuerza en la preexistencia de un propósito y en el planeamiento de una acción coincidente. Ahora bien, en lo que atañe al Vietnam del Sur, la preexistencia del tercer mundo algo significa, habida cuenta de que en el seno del mismo conviven pueblos que por su no coincidente estructura política proveen a esa humanidad, que añora la puesta en práctica de un marginalismo internacional, de una heterogeneidad lo suficiente acentuada para dar cobijo a toda la variedad del inmenso mosaico afroasiático. A propósito del llamado tercer mundo, declaraba Raymond Aron a un redactor del semanario económico *Entreprise*: «Je n'ai jamais cru à l'unité du Tiers Monde, sinon dans la protestation, dans l'indignation», y en cuanto complemento de la apreciación que antecede, Raymond Aron aludía al siguiente interesante extremo: «la paz precaria que hoy registramos se apoya en la circunstancia de que tanto Rusia, como Norteamérica, guardan en sus arsenales poderosas armas de disuasión, pero, en lo que atañe al tercer mundo, no es la disuasión lo que cuenta, sino la persuasión». Añádase que en el subconsciente de los pueblos que integran el llamado mundo interpuesto, anida una fundamental inquietud: la de propugnar, con la necesaria insistencia, hasta ver de alcanzar su logro, la desnuclearización del mundo, lo cual significa que para esa colección de pueblos advenidos, muchos de ellos a la independencia en fecha reciente, no es posible desenlazar en la persuasión, si previamente no se logra eliminar la técnica de la disuasión, que en lo que encierra de además condenatorio por parte del mundo interpuesto, alcanza, no solamente a Rusia y a los Estados Unidos, sino igualmente a China.

En lo que específicamente nos interesa ahora—al problema del Vietnam del Sur—se tropieza con el inquietante obstáculo de la inestabilidad política imperante en ese sector asiático, tan acentuada que, a contar de la violenta desaparición del régimen de Ngô Đình Diem, se han sucedido diez gobiernos, a los cuales se refería, en lo que tienen de significación mítica, Tran Van Minh, haciendo notar cómo el pueblo vietnamita desconfía de esas élites, que, en horas sombrías, han preferido refugiarse en el extranjero y que, al reincorporarse al país, se mostraron ávidos de poder y de privilegios.

Consideraba Minh que la hipótesis de la reunificación del Vietnam, por medios coercitivos, carecía de probabilidades, habida cuenta de que la reunificación pacífica no parece factible, si no se lograba una mínima dependencia de Hanoi respecto de Pekín y que la intensificación de la guerra actual, como se deduce de los planes norteamericanos, implicaría como consecuencia el incrementar la enfeudación del Vietcong respecto del Norte y de este último en relación con China, reduciéndose, en idéntica proporción, la posibilidad de instaurar una especie de titismo asiático, en esa zona neurálgica del mundo. De todo lo cual parece inducirse que cuanto más nos adentramos en los entresijos del problema sudvietnamita, más se reafirma la convicción de su acentuada complejidad.

Los anteriores elementos de juicio contrastan abiertamente con lo que implica la tesis, abiertamente tajante, del presidente Lyndon Johnson, propugnada con perceptible reiteración y a tenor de la cual tres presidentes norteamericanos han reafirmado la tesis, en cuya virtud, estando en tela de juicio el prestigio del poder y del honor norteamericanos, será preciso incrementar los efectivos del cuerpo expedicionario estadounidense, cifrado actualmente en 175.000 hombres, tesis que parece no coincidir con la del senador Robert Kennedy, cuando, en su discurso de 9 de julio, afirmaba que la historia de los últimos veinte años evidencia que el modo de hacer frente, por parte de los Estados Unidos, a las guerras de tipo revolucionario, debe ser político, tanto en sus fases iniciales como epilógicas, añadiendo que si un Gobierno no puede prometer a su pueblo, en réplica a una actividad insurreccional, más que diez años de napalm y de artillería pesada, no merece la consideración de Gobierno.

No se adivina cómo los Estados Unidos pueden liberarse de los efectos del atasco que hoy registran en tierras sudvietnamitas y no parece adecuado afirmar, como lo hacía el presidente Johnson en su conferencia de prensa de 9 de julio, que «la situación corre el riesgo de agravarse, antes de registrar una posterior mejoría», ya que aun suponiendo que los Estados Unidos puedan dominar coercitivamente el área vietnamita hasta el paralelo 17, ello no constituiría un fin en sí mismo, ya que, salvando los factores de tiempo y de circunstancias, podría reiterarse la experiencia coreana, cuando Foster Dulles hacía saber que, caso de reanudarse las hostilidades en Corea, los Estados Unidos no se detendrían ante el llamado santuario manchuriano y extenderían su acción represiva al norte del río Yalu, amenaza que actuara a la sazón como poderoso elemento disuasivo. Si los efectivos militares norteamericanos logran dominar hasta los límites del paralelo 17, las fuerzas del Vietcong se refugiarían en el Vietnam del Norte y su presencia en Hanoi representaría positiva amenaza de reanudación de hostilidades, cuando las circunstancias lo posibilitasen, generándose así una experiencia, no precisamente inédita, determinada por la acción de los efectivos que, partiendo de sectores periféricos, se adentran en la inmensidad de la tierra firme, y la historia nos alecciona cumplidamente en lo que atañe a lo que significó la invasión de Rusia, a cargo, respectiva y sucesivamente, de Carlos XII, de Segismundo de Polonia, de Napoleón Bonaparte y de Adolfo Hitler.

El 10 de julio, el secretario general de las Naciones Unidas, U Thant, declaraba en Londres que acaso la más adecuada solución del problema vietnamita consistiría en reanudar los diálogos iniciados en Ginebra en 1954, tesis que no rechazan ni el Gobierno de Hanoi ni el de Pekín, aun cuando ello implicaría como condición *sine qua non* el pactar un alto el fuego en tierras sudvietnamitas.

Resta considerar, a propósito del problema objeto de consideración, las reiteradas ofertas de mediación, entre las cuales destaca la acordada en la reciente asamblea londinense de los Representantes de los Dominios que integran la «Comunidad Británica de Naciones», acuerdo colectivo de indudable relevancia, si reflejase el sentir unánime de

todos los miembros de la citada Comunidad, la cual, por su contextura multirracial, podría considerarse como no sospechosa, por parte de los requeridos, pero, infortunadamente, existen notorias discrepancias en el seno del citado grupo de sedicentes mediadores, deparadas por la preexistencia del A. N. Z. U. S., que implica la alianza, con vistas al Pacífico, de Australia, Nueva Zelanda y los Estados Unidos de Norteamérica, pacto que acaba de entrar en función, como lo prueba la presencia de efectivos militares australianos y neozelandeses en tierras vietnamitas luchando, codo a codo, con los norteamericanos, beligerancia incompatible con la propugnada acción mediadora a cargo de la Commonwealth.

#### EL ATASCO DEL MERCADO COMÚN.

La inauguración, el 16 de julio, del «túnel más largo del mundo, bajo las montañas más altas de Europa», prescindiendo de toda circunstancia de tiempo y lugar, debió ante todo considerarse como un admirable esfuerzo orientado hacia la progresiva e ininterrumpida eliminación de barreras, unas naturales, otras producto de la incompreensión entre los hombres. En tal sentido y por explicable asociación de ideas, la perforación de esas montañas trae a nuestro recuerdo aquella genial concepción que, en la primera mitad del siglo XVI, articulara el entonces profesor de Prima Teología en la Universidad de Salamanca. Es bien sabido cómo Francisco de Vitoria pasaba revista a títulos que consideraba legítimos y otros que reputaba de ilegítimos, unos y otros alegados, respectivamente, por teólogos y legistas, en cuanto invocaciones dialécticas que podían en cierto modo justificar la extensión de la soberanía española al mundo de las Indias. Situaba Vitoria en lugar preferente de los títulos por él reputados de legítimos, el de la sociedad y comunicación natural o *ius communicationis*, precepto de alcance ecuménico que, por serlo, debía situarse por encima de toda posible medida discrepante a cargo de uno o varios miembros de la comunidad internacional. Es así cómo, partiendo de esa idea básica, Vitoria defendiera el principio de la libertad de los mares, aun cuando intérpretes mal informados o dialécticos no bien intencionados, hermanasen el principio de la libertad de los mares a las doctrinas expuestas por Hugo Grocio en su *De iur proedoe*, aseveración que silenciaba lo expuesto con anterioridad a Grocio, primero por Francisco de Vitoria y después por Fernando Vázquez de Menchaca, omisión tanto menos disculpable cuanto que Vitoria era ciudadano del más dilatado imperio ultramarino que jamás haya conocido hasta entonces la Historia y cuyos designios se verían favorecidos defendiendo la tesis del monopolio oceánico, en tanto Grocio inspiraba toda su construcción dialéctica en los específicos intereses neerlandeses.

Salvando el tiempo y las circunstancias, aquella histórica polémica entablada por Grocio y Seldem en torno al destino del océano, recuerda en cierto modo la discrepancia que secciona en dos campos polémicos a los defensores de una Europa integrada a escala supranacional y a los voceros de un viejo mundo, anacrónicamente aferrados al principio básico de la soberanía política absoluta, y por consiguiente no ya sólo inalienable, sino incluso susceptible de ser condicionada en beneficio del bien común. Dicho en términos escuetos: de un lado, la inclinación comprensiva, reflejada en el sector integrado por los denominados patriotas europeos, y de otro, el sector polémico minoritario, pero dialécticamente empecinado, que propugna la idea del europeísmo nacionalista. Como puede apreciarse, el europeísmo se invoca en ambos supuestos, pero con la medular diferencia de que, según una tesis, Europa debe considerarse en función de los Estados nacionales, en cuanto entes que pertenecen, geográficamente, a esta punta

asiática de Europa y a cada uno de los cuales es preciso reservar una competencia primaria e incondicionada, en tanto otros piensan que hoy constituye a la vez un escandaloso lujo y una sorprendente reacción anacrónica cuanto implique intento de prorrogar la estructura de aquella Europa, ideada bajo la inspiración de Maquiavelo, con increíble fortuna dialéctica y asentada sobre el principio de la razón de Estado, y como quiera que con arreglo a dicha concepción es el Estado quien, soberana e incondicionalmente, construye su propia razón, la estructura ideada por el pensador florentino sólo podía conducir al establecimiento de una paz indeseablemente precaria, a lo que los alemanes denominan sistema de la *Machtpolitik* y al parroquialismo del viejo mundo, con todos los inconvenientes que implica esa tendencia orientada hacia la dispersión política.

Es, aun más que curioso, sorprendente el que esas paralizantes experiencias históricas no hayan servido para que al viejo mundo le fuera dable desterrar focos supérstites de municipalismo paralizante y precisamente la disensión ideológica con vigencia en los actuales instantes, inevitablemente tiene que hacer acto de presencia siempre que un problema de cierta trascendencia asome en el viejo mundo y no podía constituir excepción la coyuntura ofrecida a De Gaulle y Saragat, al caracterizar lo que representa, como símbolo, la apertura del túnel, producto del común esfuerzo técnico y laboral de italianos y franceses. La aportación dialéctica del presidente italiano, Guisepe Saragat, se caracteriza por los términos inequívocos de la misma, inspirados en un evidente proceso lógico y apoyados sobre una afirmación básica, la de que el túnel inaugurado no sólo acentúa la aproximación franco-italiana, sino «que reafirma los lazos entre todos los pueblos de nuestro continente», apreciación complementada por otra, a cargo de Saragat, al decir que el túnel inaugurado fortalece no sólo la amistad entre Francia e Italia, «sino de los seis países de Europa que viven en el mismo clima ideal y humano», de lo cual se infiere que, para Saragat, la Europa séxtuple no constituye un epílogo, sino que debe considerarse como un capítulo, precediendo a la posible articulación de la Europa continental. Considera Saragat que la integración económica constituye lo que él denomina «prefiguración y etapa de la más vasta unión, que con nuestros pueblos, otros pueblos aliados y co-asociados, esperan». Coronaba su alegación el presidente Saragat expresándose del siguiente modo: «Que la obra de paz que inauguramos hoy, constituya, para todos los pueblos de este continente y para todos los pueblos de los demás continentes, un símbolo de buena voluntad y de confianza en los grandes valores del trabajo humano, que edifica, día a día, en la libertad, la justicia y la vida de las naciones».

Las precedentes invocaciones, que precedieran a las que habrían de correr a cargo del general De Gaulle, abstracción hecha de su significación intrínseca, en cuanto representaba una aportación de profesión de fe respecto de una Europa orientada hacia su progresiva articulación, ofrecían al propio tiempo adecuada coyuntura, para que el presidente francés o abundase en las concepciones, inequívocamente europeístas, de Saragat, o que, atenido a lo que considera como criterio lógico, a cuya rigidez presta reincidente asentimiento, invocase, una vez más, la imagen de una Europa sometida a un régimen de relación, condicionado por el principio básico de la supervivencia del poder soberano.

Como vemos, a veces veladamente, en otras ocasiones con perceptible nitidez, De Gaulle se atuvo a lo manifestado por el ministro de Relaciones Exteriores, Couve de Murville, en la madrugada del 1 de julio y en la reunión del Consejo de Ministros de la Comunidad Económica Europea. En efecto, el presidente francés aludió al proyectado túnel bajo el Canal de la Mancha, que implicará una inevitable alteración en las relaciones franco-británicas, recordando que el paso de Calais se consideraba indispensable para la seguridad de ambas orillas, deduciendo el arguyente que «el continente

européico, que a lo largo de centurias alteró y encandalizó el globo por sus guerras, le ofrece actualmente el ejemplo de la paz». Esa Europa renovada que tan abiertamente contrasta con la estructura tradicional de nuestro continente, puede un día, según la expresión de De Gaulle, «constituir elemento capital del progreso de las Naciones, del equilibrio político y del progreso de todos los hombres». No es presumible que alguien intente poner en tela de juicio la citada concepción europea del presidente francés; ahora bien, si Europa, a lo largo de cuatro siglos, no pudo o no quiso convertirse en recipiente irremplazable de la armonía a escala universal, ello significa que intentar la prórroga de una Europa, que hoy se considera obsoleta, equivale a persistir en errores que han sido fatales para el viejo mundo. Ello explica nuestra extrañeza al leer el párrafo final de la alocución degaulliana, donde se asigna la propugnada misión, que De Gaulle denomina «la Europa europea», mención, respecto de cuya significación, consignaremos algunas consideraciones en otra parte de nuestro trabajo. De Gaulle invoca lo que considera como «equilibrio pacífico del mundo», mención que lleva implícita una nota de contradicción, de un lado porque el equilibrio no se concibe sin la preexistencia de alianzas, que indefectiblemente se sitúan en posición de recíproca hostilidad potencial, y de otro, porque la Europa con que sueña una preponderante suma de los que integran su contenido humano, no puede ser otra que la imagen precisa de la unión dentro de la diversidad, de la colaboración diáfana y de la conjunción, no agrietada por el asomo de sospechosas y anacrónicas nostalgias, inspiradas en el principio de la soberanía, que se define por contraposición a otras soberanías coetáneas.

Las originales deducciones que sienta De Gaulle están bien lejos de habernos producido sorpresa, ya que el epílogo dialéctico del presidente francés no podía ser otro, si nos atenemos a lo que constituye punto de partida y trama dialéctica, que proveen de específica fisonomía a las concepciones del general De Gaulle. Recuérdese que en la noche del 30 de junio al 1 de julio, la Comunidad Económica Europea registraba una de esas crisis que no deben, en principio, constituir motivo de alarma, por cuanto las reputamos en posición de consustancialidad con su proceso de desarrollo. Ahora, la mencionada crisis nos aportó una novedad, en cierto modo inquietante, y ello porque en la citada coyuntura no se recurrió a la ficción de provocar la paralización de las manecillas del reloj, para así lograr, *in extremis*, la solución del conflicto planteado. Ello indujo al presidente de turno de la Comunidad Económica Europea (el ministro francés de Relaciones Exteriores, Couve de Murville) a decretar la clausura de la negociación. Francia conectaba sorprendentemente su ruptura, en relación con un extremo secundario, a saber, el compromiso de firmar un acuerdo sobre financiación de la política agrícola, antes de la media noche del 30 de junio de 1965, compromiso que había sido contraído con ocasión del tránsito a la segunda etapa del período de transición. Ahora bien, lo que a primera vista pudiera ser considerado con extrañeza (la precipitación con que se produjo la ruptura), dejaba traslucir la realidad de una maniobra, que había sido amplia y largamente meditada: se intentaba generar un incidente, adecuado para poner término a la autonomía del «Comisión-órgano», que, en cierto modo, puede considerarse en cuanto factor simbólico de carácter supranacional dentro de la Comunidad Económica Europea y retornar a las contexturas internacionalizadas de cooperación europea. Esa vuelta al pretérito—no es preciso advertirlo—se aproxima más a las decimonónicas concepciones del general De Gaulle, respecto al modo de ser conducidas las relaciones internacionales.

No estará de más advertir que la crisis registrada en la madrugada del 1 de julio no podía alinearse polémicamente con otras precedentes y generadas en torno al conflicto sobre niveles de precios agrícolas, producidas en torno a las tarifas arancelarias. La gravedad acentuada del disenso entonces registrado, provenía de que la disparidad

se producía respecto de la naturaleza misma del movimiento de integración, de lo cual se infiere que algunos de los dialogantes, aferrados a su bien probada singularidad (aludimos al presidente De Gaulle) no vacilan en plantear problemas de hondura, reflejo de una inflexibilidad más o menos sorprendente.

Recuérdese, en relación con lo anteriormente alegado, que la Comunidad Económica Europea, a lo largo de su no muy dilatada existencia—siete años—alcanzó un tan rápido desarrollo, que sorprendió igualmente a sus apologistas y a sus detractores. Ahora bien, ese acelerado crecimiento, lógicamente debía inclinar al espectador desapasionado a inducir que el Mercado Común, lejos de responder a una iniciativa prematura, evidenciaba de modo concluyente hasta qué extremo constituía realidad biológica aquello que encontrara eco articulado en lo estipulado en la capital italiana. Sin embargo, tanto los panegiristas cuanto los detractores de la idea de integridad europea, habían de encontrar incentivos para defender sus respectivos puntos de vista, los primeros, arguyendo, no sin motivo, que el venturoso signo de la articulación económica, debía considerarse como insoslayable antecedente de la integración política, en tanto los segundos se atenían a la versión referida a la denominada Europa de las patrias, tope que se interponía en el camino conducente a una más o menos acentuada supranacionalidad. La citada pugna dialéctica, diríase predestinada a favorecer la tesis de la integridad política, y la idea de la supranacionalidad, como latía en las esencias del Tratado de Roma. En tal sentido, el tiempo trabajaba en favor de los integracionistas y ello explica que los ateniados a la tesis degaulliana considerasen imprescindible truncar el transcurso del tiempo, bien provocando una crisis de solidaridad dialéctica, ya irrumpiendo en la escena con propósitos de inhumación, discrepancia latente, auténtico secreto a voces, caracterizado por un funcionario francés, al ofrecer el siguiente y no irrelevante juego de palabras: se trata de una crisis previsible, pero que no había sido prevista.

En lo que atañe a los factores de tiempo y circunstancias, concurrentes en el instante en que se provocara la crisis de las negociaciones de Bruselas, parecían más bien favorables a los designios franceses. A tal objeto se invocó un pretexto, a primera vista irrefutable: incumplimiento del acuerdo consistente en lograr la solución del problema de la financiación agrícola, para el resto del período de transición, antes de la fecha límite fijada. Téngase, por otra parte, en cuenta, que el 1 de enero de 1966 se entraría automáticamente en el tercer período de transición y que, a partir de tal momento, una gran porción de las decisiones habrían de adoptarse por mayoría. Ahora bien, este signo de supranacionalismo aún ejercido por el Consejo de Ministros (la institución comunitaria menos supranacional), habría de resultar ideológicamente inaceptable, para el propugnador de la tesis de la «Europa europea», mención degaulliana, que, por lo menos hasta el presente, no resultó ser de fácil caracterización, a juzgar por el antecedente que nos depara la frase paralela que el general De Gaulle utilizó para Argelia (primero mencionara la Argelia francesa y posteriormente el rótulo de Argelia argelina, reemplazó el término, que parece denotar en su propugnador, un déficit, ya que no una carencia de sentido realista). Francia podía temer respecto de sus intereses materiales, ya que aun logrado su objetivo primordial (el mercado común agrícola), podía verse constreñida, en virtud del voto concorde y claramente mayoritario de sus cinco co-asociados, a aceptar medidas que implicarían para la tesis degaulliana, un notorio perjuicio.

En una palabra, la crisis del 30 de junio, cuyas repercusiones paralizantes conservan perceptible vigencia, se originó porque a Francia no le interesaba pactar una solución de compromiso, ya que intentaba evitar cuanto significase incremento del grado de supranacionalidad en el seno de la Comunidad Económica Europea, y ello explica



que no sólo no rehuyese, sino que aprovechase una coyuntura favorable para detener lo que pudiera convertirse en proceso, más o menos acelerado, de integración.

A De Gaulle parece no interesarle soluciones europeas, que puedan poner en peligro un sueño de liderazgo francés o simplemente que concurren en el sentido de coartarle su libertad de movimientos respecto de la futura y más o menos inmediata política internacional. Las dos inclinaciones citadas, tan caras a los ojos del presidente francés, no parecen resultar favorecidas como consecuencia de las cláusulas del Tratado de Roma y por deducir en tal sentido, los voceros franceses juzgaron adecuado paralizar el proceso de desarrollo, tendente a la integración, antes de que el mal no revistiese la forma de achaque insoslayable y de preepílogo indeseable.

CAMILO BARCIA TRELLES.

